

## UR AITZ

Joan Miró señalaba, en 1962, que al intentar otorgar al gesto pictórico una calidad especialmente individual lo había convertido en casi anónimo: en expresión de un acto universal. El pintor catalán reparaba en la fascinación que despertaban las formas y elementos de la naturaleza pero, a diferencia de los románticos que construían grandes paisajes resaltando su inmensidad, lo hacía a partir de la experiencia de lo pequeño o fragmentario, utilizando formas orgánicas y sinuosas.

La obra de Jon Cazenave se encuentra a medio camino entre el espíritu romántico y la búsqueda de este artista. En ella, opera violentamente un impulso de raigambre romántica que aborda la naturaleza a partir de su vivencia, de su interpretación subjetiva y emocional, pero reparando, como Miró, en pequeñas formas y signos. El trabajo de Cazenave tiene como punto de partida el pueblo vasco, sin embargo, a medida que evoluciona su discurso, esta temática se diluye tornándose más personal: si bien las preguntas iniciales planteadas eran universales -el origen, la cultura y la identidad de este pueblo- poco a poco se convierten en pretexto para tratar de explicar tanto su posición en ese contexto como a sí mismo.

La muestra *UR AITZ* tiene su origen en el proyecto anterior denominado *AMA LUR* donde la experiencia estética de la tierra, motivo que vehicula igualmente el conjunto de la obra, se aborda desde una doble perspectiva. Por un lado, desde el punto de vista de lo matricial, de la tierra como naturaleza madre – como *matria* – y por otro, desde su acepción más *matérica*. Ambas perspectivas encierran el enigma del origen como uno de sus cuestionamientos principales. La génesis del universo y del hombre así como el origen de la creación artística son representadas en el trabajo del artista por medio de una estética que, en sí misma, encierra también esa naturaleza doble, combinando la presencia de la fuerza creadora de los elementos naturales -la fuerza expresiva de las fotografías transmiten la potencia de lo germinal, manifestando la naturaleza explosiva de lo fértil- y el despliegue de un lenguaje humano que lo interroga y sobre el que se superpone.

La búsqueda que realiza Cazenave es, por tanto, *genésica*: una indagación de las raíces culturales de la identidad colectiva que se amplía para hacerse íntima. Esa intimidad culmina en el encuentro con la cueva. En ella se reflejan tres puntos clave contenidos en *UR AITZ*: la tierra -la cueva como matriz uterina-, la cultura tradicional -el testimonio del arte rupestre como relación del hombre con su entorno- y el arte -el gesto primero que inaugura y contiene lo que éste puede ser. Si bien su impulso es de raíz romántica, el artista consigue anular la distancia contemplativa ante lo sublime del paisaje debido a que lo que se muestra se produce desde dentro. En la cueva, Cazenave señala aquel gesto creador primigenio: la tenue luz de la antorcha hace emerger una parte de la pared, que se ilumina y revela una protuberancia en la roca que deviene el lomo de un bisonte. Se establece así una analogía de ese gesto con el hecho fotográfico, que explica este viraje en la trayectoria del autor. Sus fotografías -la fotografía- enmarcan una parte de un todo inapresable que al ser desvelado permite la observación atenta.

La experiencia de la cueva, regazo mineral que acoge e intimida, acentúa la anulación de la distancia y el carácter corporal de la experiencia estética. Para remarcarlo, se intensifica la cualidad táctil, casi escultórica. Y este paso que anula ya toda distancia es el que Cazenave realiza al convertir las fotografías en soporte -como lo fue la pared rocosa de la cueva para el pintor rupestre- sobre el que intervenir y repetir ese acto primordial. La intervención de las fotografías de paisajes con pigmentos de origen mineral de colores tierra, entre ocre y rojos, a la vez que le permite salir del blanco y negro, es -más allá de su poderoso simbolismo cromático y temporal- simultáneamente un homenaje y un ritual por el cual el artista intenta comprender la naturaleza de ese gesto que repite. La montaña, motivo principal de esta serie, es representada como signo casi sagrado. Al igual que el creador de las pinturas rupestres, el fotógrafo identifica e intensifica ciertas formas, haciéndolas surgir desvelando su energía soterrada. Sin embargo, al mismo tiempo, se trata de una indagación sobre su propia obra, operando en ella para abrirla a nuevas lecturas. Se manifiesta así la vitalidad y compromiso con su trabajo, que le invita a indagar sobre su naturaleza, señalando doblemente hacia la identidad de la obra misma y hacia la del autor.

La búsqueda del autor implica un recorrido, un itinerario que no es solamente cronológico, sino eminentemente físico. El fotógrafo es también paseante a la manera de Hamish Fulton y, como tal, recorre un territorio que no sólo se observa, sino que también se experimenta corporalmente, convirtiéndose en parte de la realidad en que se mueve. La capacidad del fotógrafo para silenciarse favorece la escucha de la naturaleza que, a su vez, permite la aparición. Y esa aparición no es otra que la de la naturaleza misma y su lenguaje, articulado en relación a sus elementos. Sus imágenes manifiestan lo orgánico y dinámico, ya sea en la explosión de las olas del mar, en la atención al surco o, como en el mosaico de *UR AITZ* en la traslación de los ritmos cíclicos naturales a partir de la yuxtaposición de cientos de fotografías del oleaje sobre las que un nuevo gesto pictórico señala el flujo lunar.

El trabajo de Cazenave anula la falsa dicotomía entre hombre y naturaleza, haciendo reconocer las formas de uno en el otro. Así, en su comprensión de la tierra, el fotógrafo repara tanto en las primeras incisiones y huellas que realizaron los primeros hombres como en elementos geológicos. Sus fotografías recogen formas ondulares, orgánicas, que contienen en sí mismas la fuerza energética que, decenas de miles de años antes, motivaron la búsqueda en ese mismo lugar. Estos procesos de anulación de la distancia visual y de intensificación de lo táctil o escultórico se manifiestan definitivamente con la incorporación de la piedra a su trabajo. Las piedras, cantos rodados cuyas formas pulidas confirman su devenir milenar, son recogidas y posteriormente intervenidas con los mismos pigmentos orgánicos escogidos para los paisajes. Estas piedras son una vez más el testimonio de una experiencia corporal y estética: el caminar atento al encuentro. Su presencia erosionada expresa sutilmente toda una temporalidad remota, a la vez que indica metonímicamente toda la experiencia del itinerario.

Fruto de las investigaciones sobre el paisaje y la intervención fotográfica, Cazenave realiza una serie de fotografías en gran formato, pertenecientes a la serie *OMAJI* a partir del sistema de impresión denominado cianotipia. En este proceso, el hierro de los compuestos químicos expuesto

a los rayos ultravioletas se transforma en formas azules. Lo genésico se deshumaniza: el artista da un paso atrás al realizar estas imágenes y colocar el papel en la orilla de la playa dejando a las olas, la arena, la sal y la emulsión férrica el mayor peso del gesto en la intervención. En el papel Washi convergen formas que son desveladas a partir de la emulsión y la oscilación del mar. Como escribe el poeta y pintor Hans Arp, ‘cielo y tierra se penetran’ y, golpeado por el vaivén del oleaje, ‘el azul florece y marchita, para volver a florecer’. En las cianotipias se registran algunas de las infinitas variaciones de un acto genésico que ya no es uterino, geológico o titánico, sino el fascinante reconfigurarse en formas infinitas que consigna en mito el nacimiento de Venus en la espuma. Esta aproximación del artista supeditado a la naturaleza subraya de nuevo su característica matricial. Pero la potencia fascinante de la naturaleza, fundamento clave del Romanticismo, reside en su capacidad, al mismo tiempo, creadora y destructora, una doble cualidad manifestada en las formas azules en devenir.

La capacidad creadora permite desvelar en esas formas una suerte de paisajes metonímicos. Y el paisaje -del francés *paysage*- no es otra cosa que una aproximación a un lugar, una manera de mirar un *pays* (territorio o país) situándose desde fuera. Sin embargo Cazenave, al tratar de abolir la distancia romántica del hombre frente a la naturaleza, concede a los elementos naturales -fuego, aire, tierra, aire- la posibilidad de generar sus propias formas y texturas. Asimismo, el autor interviene ligeramente en el proceso al tratar de inscribir en los paisajes estructuras geométricas que remiten de nuevo a las pinturas de las cuevas. El resultado irreversible de la cianotipia trata de recuperar la potencia de la experiencia sensible que ofrece el contacto con la naturaleza. Una especie de anti-*Land-Art* donde el fotógrafo evita la transformación del entorno en favor de su revelación. Las montañas blancas y azules que construyen el paisaje adquieren protagonismo individual, al igual que lo hacían las piedras o los surcos; una manera de mostrar el lugar como poseedor de sustancialidad, como una parte de la realidad más amplia y profunda que su representación. En palabras de Jean-Marc Besse, “el paisaje también es el viento, el calor, el clima, las rocas... un entorno que existía antes que el ser humano y que de una u otra forma le sobrevivirá”<sup>1</sup>.

En la gradación cromática de la cianotipia confluyen las claves de la muestra: desde el negro matricial de la oscuridad de la cueva, pasando por el rojo de la tierra, hasta el azul que se abre a la inmensidad oceánica retomando la idea del paisaje. A través de la intervención de las fotografías y las piedras así como de las cianotipias, Cazenave aúna el gesto pictórico con el lenguaje fotográfico capturando una realidad sentida y, al mismo tiempo, representada. Un trabajo que no es sino la experiencia de un recorrer, caminar, observar o sentir, siendo la obra la huella de esa experiencia. Interioridad y exterioridad, presente y pasado, lo tangible y lo intangible, fragilidad y firmeza, lo medible y lo infinito confluyen en *UR AITZ* gracias a un lenguaje que consigue transmitir la potencia de la naturaleza. Una fuerza capaz de sostener la continua búsqueda que supone un corpus artístico que asume preguntas universales e íntimas carentes de respuestas.

---

<sup>1</sup> Besse, Jean-Marc: “Las cinco puertas del paisaje. Ensayo de una cartografía de las problemáticas paisajeras contemporáneas” en *Paisaje y pensamiento*, Javier Maderuelo (dir.), Madrid: Abada Editores, 2006.